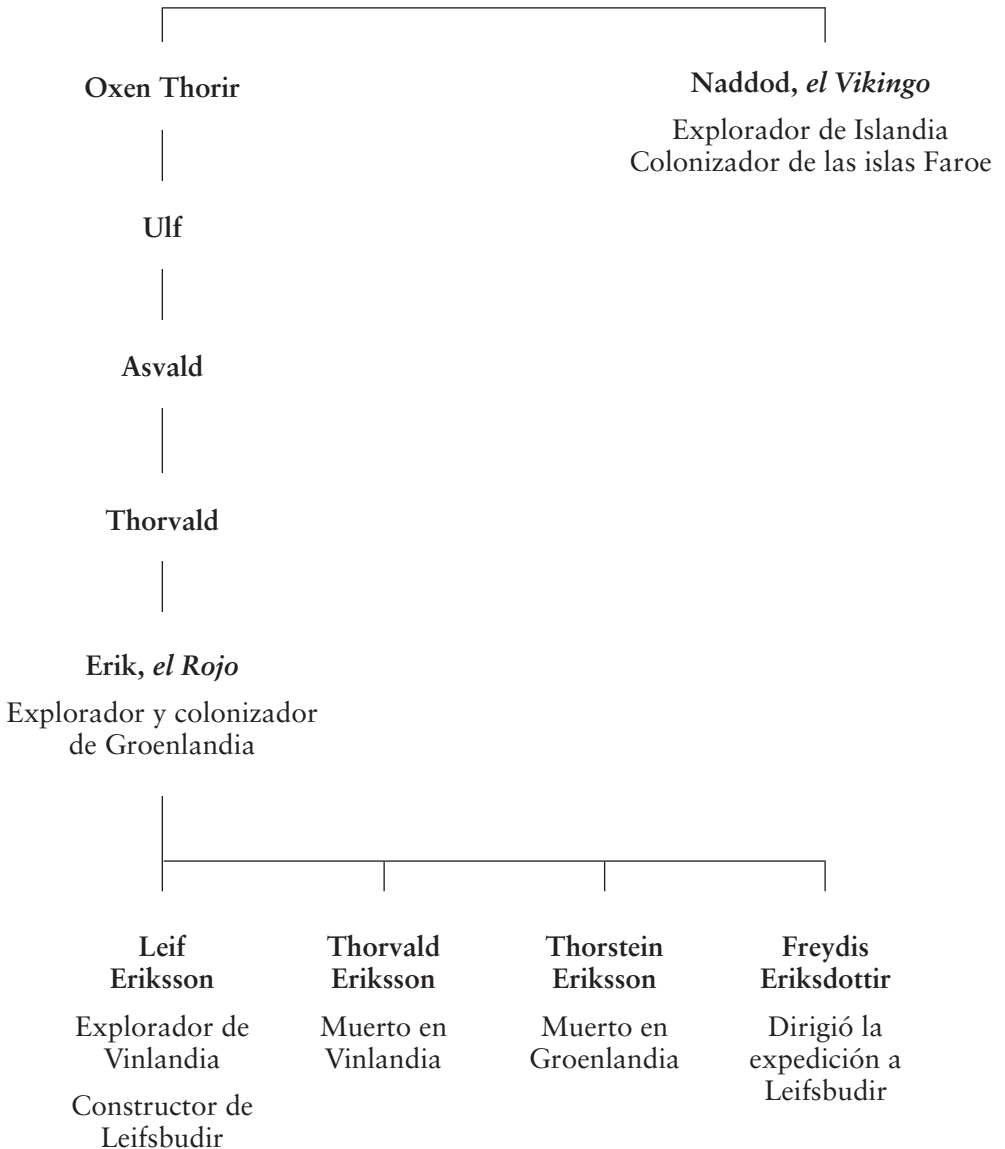


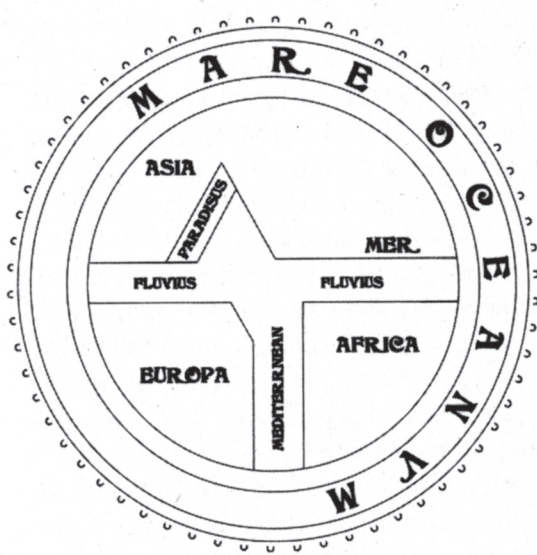
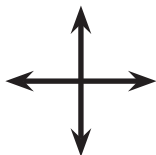
Antepasados paternos de Freydis



Es el año de Dios de mil y quince. Hoy, veintinueve hombres y yo abandonamos Groenlandia para embarcarnos en un viaje por el Mar Occidental. Vamos hacia el Océano Exterior, donde dicen que se encuentra la tierra de la miel y las uvas, la Vinlandia de Leif. En mi juventud, cuando trabajé entre los culdenses en Iona, el hermano Ambrosio me mostró un dibujo del mundo hecho por el erudito español Solino de Sevilla. El dibujo era un círculo dividido en partes y rodeado por el *Mare Oceanum*. Las dos partes inferiores eran Europa y África. La parte superior era Asia y el Paraíso. Si Vinlandia se encuentra en el Paraíso o en Asia no se sabe, pues Leif Eriksson nunca vio el dibujo e hizo todo el viaje sin un mapa escrito. Aunque usaremos el barco de Leif para nuestro viaje, él no irá a bordo. En lugar de él estarán al mando su hermanastra Freydis y su marido Thorvard. Creo que es de mal agüero iniciar una expedición con una mujer al mando, sobre todo una mujer tan arrogante como Freydis Erikdottir. Pase lo que pase, seguiré fiel a Cristo, como lo he sido en el pasado. Ruego que Nuestro Señor recuerde mi piedad y devoción y, si he de perecer en este viaje, que Él me reciba en Su Morada Celestial.

—DE LOS PERGAMINOS DE ULFAR

Sueños



UNO

No hay árboles en Groenlandia. Cuando Erik, *el Rojo* llegó a la isla en 986, crecían unos cuantos grupos de abedules aquí y allá, pero pronto se usaron para hacer postes y vigas para las casas de los colonos. Se intentó plantar abedules en una zona protegida en el fiordo que había junto al asentamiento de Gardar, pero los arbolillos eran tan finos y ligeros que a duras penas podía llamárselos árboles. Había algunas mimbreras, matorrales de alisos y arbustos de enebro, pero ninguno lo suficientemente grande o robusto para usar su madera. De vez en cuando llegaba a la costa madera traída por el mar, ramas de árboles arrancados, a veces el mismo árbol, normalmente un pino empapado que permanecía frágil y rígido incluso después de meses de estar secándose junto al fuego. Se podían hacer bancos y taburetes con aquellos maderos flotantes, así como cubos y cuencos y otros enseres domésticos.

Si se manejaban con cuidado, se podía hacer una barca pequeña con dos o tres troncos, pero la madera traída por el mar no era adecuada para construir lo que más deseaban los groenlandeses, y lo que los habitantes de los países del sur daban por hecho, es decir, barcos y casas de madera. Aunque tenían más hielo del que querían, los groenlandeses no vivían en casas de hielo. En cualquier caso, las casas de hielo del lejano sur se derretían durante el corto verano groenlandés. Los *skraelings*, feas criaturas enanas que llevaban pieles de animales sobre la suya, vivían en casas de

hielo muy al norte, pero ni siquiera los groenlandeses que iban a las tierras de caza de Northsetur cada año solían verlos. Los groenlandeses eran escandinavos cuyos antepasados procedían principalmente de Islandia y Noruega. Eran europeos, o al menos lo pretendían, y preferían construir ellos mismos casas de piedra y hierba antes que vivir como los skraelings.

Como vivían en el extremo del Mar Occidental, lejos de Noruega, los groenlandeses no tenían que pagar un diezmo al rey noruego. Aunque codiciaba riquezas, el rey Olaf no estaba dispuesto a enviar un barco cada año a cruzar el traidor Mar de Groenlandia para recoger el tributo de unos pocos miles de granjeros pobres repartidos por el lado occidental de una isla muy a menudo helada. Cada dos o tres años uno de los barcos del rey se apartaba para mandarlo a comerciar con Groenlandia, pero eso era todo. El barco llegaba por el fiordo de Erik hasta el principal asentamiento de Brattahlid en pleno verano. A bordo solía haber una cuba de miel, tres sacos de cebada, seis barras de hierro, virutas de madera, ocho o nueve planchas de madera apolillada, algunos objetos de plata: una taza mellada, cuatro cucharas, un puñado de brazaletes, un vaso quizá, o un cuenco. Una vez hubo un anillo de oro entre las mercancías del rey. Pero pronto se lo llevó Gudlag Herjolfsson, que era más rico que los demás. Por esas mercancías el rey esperaba que le pagasen por centuplicado con pieles y halcones, cuerda de piel de foca y marfil, así como rollos de áspero estambre usado para hacer toldos y tiendas.

El barco del rey rara vez se quedaba más tiempo del necesario para desembarcar las escasas mercancías que los groenlandeses apreciaban mucho más de lo que valían, no porque procedieran de un barco real, sino porque bastaba con muy poco para dar algo de brillo a sus vidas. Igual que el agua magnificaba un guijarro en el lecho transparente de un arroyo, del mismo modo una cuchara de la más gastada plata iluminaba la habitación más oscura. La cebada y la sal se iban sacando con una taza de hueso hasta que los sacos y barriles quedaban vacíos. Después se ven-

dían los propios recipientes. De igual modo se vendía la miel por tazas. Los granjeros más acomodados acababan llevándose la mayor parte del hierro y la madera.

* * *

El verano antes de que Freydis Eriksdottir cruzara el Mar Occidental, oyó que uno de los barcos del rey acababa de llegar a Brattahlid. Se apresuró a salir de su casa en Gardar, que estaba cerca de Brattahlid por el suroeste, en el fiordo de Einar, a menos de medio día de viaje de Gardar con buen tiempo. Después de caminar por tierra desde el fiordo, Freydis fue conducida a remo a través del fiordo de Erik hasta Brattahlid por sus esclavos, en esa ocasión Kalf y Orn. Freydis se llevó seis rollos de estambre que había tejido ella misma. Freydis era una avezada regateadora y se manejó tan bien con los noruegos que sólo les tuvo que dar cuatro rollos de tejido, volviendo con dos de ellos, así como con dos barras de hierro.

Al día siguiente llevó una de las barras a un herrero que vivía a un día de viaje de Gardar: al otro lado del fiordo de Einar, y después a cierta distancia hacia el sureste. Freydis podía haber usado los servicios de Nagli Asgrimsson, el herrero itinerante que a menudo acudía a Gardar, pero sabía que Nagli se iba fácilmente de la lengua y no quería que su viaje se conociera por toda Groenlandia. Prefería que un extranjero hiciera el arnés que había diseñado ella misma. Era una fina placa de hierro que se adaptaba cómodamente entre sus piernas e iba sujeto por una cadena que le pasaba entre las nalgas desde un cinturón y le subía hasta el vientre para cerrarse en la cintura. Ahora que su tercera hija, Asny, se había destetado, pensaba llevar el arnés de hierro cada vez que su marido estuviera cerca.

Para mejorar su suerte, Freydis pretendía acudir a Vinlandia, donde su hermano Leif había construido algunas casas y las había llamado Leifsbudir. Tal era la determinación de Freydis de hacer el viaje hacia el oeste que decidió vencer cualquier obs-

táculo que se atravesara en su camino, aunque fuera la llegada de otro hijo. Una vez Freydis se había adentrado en los páramos a buscar a la bruja Hordis Boldolfsdottir, de la que se decía que sabía qué plantas de las que crecían cerca de los glaciares, cuando se cocían con agua, evitaban la concepción. Cuando Freydis le dijo para qué había ido, Hordis la increpó y la echó golpeándola con un palo. Por entonces Hordis se había contagiado de los sermones del sacerdote cristiano, que decía que, en lo referente al nacimiento de los niños, las mujeres debían seguir los deseos de su Iglesia. Freydis se burló del sacerdote y de su Iglesia. ¿Por qué iba a seguir los dictados de un extraño que no sabía nada de agricultura ni de caza y dependía de la buena voluntad de los demás para llevarse la comida a la boca? ¿Como iba a aconsejar semejante hombre a la gente sobre el modo de mejorar su suerte? Era mucho mejor mantener de tu parte a los antiguos dioses y confiar en ti mismo para mejorar tu destino.

Después de que Freydis cruzara el fiordo remando, mandó a Kalf y a Orn a que la esperasen en el bote. Después se dirigió a la casa de Hafgrim Sigurdsson. Cuando llegó a lo alto de la colina donde estaba la cabaña de Hafgrim, el herrero ya había salido.

Los ojos del anciano habían perdido el color, pero aún veía bastante bien. También su oído era bueno y, como tenía tan pocos visitantes, los oía mucho antes de que pasaran la cresta de rocas que le tapaba la vista. En cuanto oyó un pie golpeando el sendero de roca, salió a esperar al visitante. Le agradó ver que el visitante que se acercaba por el sendero era una joven, y que venía sola. No la reconoció, lo que era de esperar, ya que la mayoría de la gente a la que conocía había muerto hacía tiempo. Era una mujer de aspecto agradable, de estatura mediana, con rizado cabello rojo y una orgullosa cara altiva enrojecida por la caminata colina arriba. En una mano tenía un saco que parecía pesado; en la otra mano llevaba la redecilla que se había quitado del cabello. La redecilla le permitió saber que era una mujer casada. Su pelo suelto y sus mejillas enrojecidas excitaron

a Hafgrim; se metió la mano en la abertura de sus pantalones y empezó a acariciarse.

La mujer pareció no advertir el pene creciente y le preguntó si era Hafgrim Sigurdsson.

–Lo soy. ¿Y quién eres tú? –Siguió acariciándose.

Ella no lo dijo. En lugar de ello sacó una gran barra de hierro de su bolsa y se la tendió, obligándolo a retirar la mano.

–Quiero que me haga esto.

Sacó una prenda de mujer hecho de retales de tela y lo alzó para que él pudiera ver su forma y tamaño. Estaba claro que la prenda estaba destinada a ajustarse entre las piernas de una mujer. La esposa de Hafgrim había muerto hacía diez años, pero él recordaba bien el arnés de retales que ella había llevado mucho después de que su flujo mensual hubiera cesado para disuadirlo –o al menos eso pensaba él– de ponerle el pene entre las piernas. Cuando su mujer se estaba muriendo, los harapos se volvieron tan apestosos y pútridos que había que cambiarlos dos veces al día junto con el resto de sus ropas. Por fortuna, aquella mujer parecía saludable. Le preguntó si podía hacerle un arnés del mismo tamaño y forma que el trapo.

–Será pesado para la que lo lleve –dijo él, para descubrir si era para ella.

–Eso es lo que menos me preocupa. Sólo quiero saber si puede hacerse.

–Creo que sí.

–¿Cuánto tardará?

–Un mes. Soy demasiado viejo para trabajar deprisa.

Como el arnés era para ella, a Hafgrim le parecía excitante prolongar el trabajo.

–Entonces volveré dentro de un mes.

Antes de que se volviera para marcharse, le dijo que se asegurara de hacer los aros de la cintura lo bastante grandes como para sujetar un candado.

–Una pregunta más. –Quería retenerla. Tenía unos ojos pecu-

liares, tan pronto redondos e inquisitivos como estrechos y entrecerrados.

Por su ropa de lino, Hafgrim supo que era de buena cuna, pero le excitaba pensar que todas las mujeres eran prostitutas.

—¿Dónde va a meter un anciano como yo, que aún no es lo bastante débil como para dejar de satisfacerse —su voz quejumbrosa subía y bajaba— su pene erguido después de que su mujer haya fallecido?

Ella lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Por qué no lo mete entre las piedras? —Se puso la redecilla y miró hacia las colinas rocosas—. Por ahí hay huecos y grietas de sobra.

Como él pensaba, la mujer era una zorra; ninguna mujer bien nacida hablaría de manera tan ruda.

Ella había desaparecido tras la cresta antes de que Hafgrim recordara que había olvidado pedirle una señal. Sopesó la barra con la mano para comprobar si habría hierro suficiente para el encargo. Su almacén de metal estaba vacío. El único hierro que le quedaba eran unos pedazos de metal y dos cuchillos. Tendría que hacer la cadena pequeña y estrecha y la placa de la entrepier-na fina, aunque no tan fina como para que le cortara las piernas y le hiciera sangrar. ¿Tendría el pelo del coño tan rojo y rizado como el de la cabeza? ¿Quién era ella para ir por ahí con la cabeza descubierta? ¿Qué clase de mujer cerraría el paso a su marido, negándole lo que era suyo por derecho?

* * *

Leif Eriksson, fundador de Leifsbudir, explorador de Vinlandia, era hijo de Erik, *el Rojo*, explorador y colonizador de Groenlandia. Erik era hijo de Thorvard, que era hijo de Ulf, que era hijo de Oxen Thorir, que era pariente de Naddod, *el Vikingo*, explorador de Islandia y colonizador de las Faroe. Erik, *el Rojo* se casó con Thjodhild, hija de Jorund Ullfsson y Thorbjog, Pecho de Barco. Erik, *el Rojo* tuvo tres hijos de Thjodhild: Leif, Thorvald y Thorstein. Erik tuvo una hija, Freydis, de Bribau Reistsdottir.

La heredera vikinga

Leif Eriksson abandonó Groenlandia y navegó hacia el oeste, hacia el Océano Exterior, buscando las tierras que Bjarny Grimfolsson había encontrado unos años antes cuando perdió el rumbo a causa de una tormenta. Leif encontró una isla bendita llamada Vinlandia, de la que trajo miel y uvas, así como frutas y madera de varias clases.

El hermano menor de Leif, Thorvald, también cruzó el Océano Exterior, pero murió en una expedición de Leifsbudir, cuando una flecha skraeling le traspasó el cuello. Un tercer hermano, Thorstein, intentó cruzar el Océano Exterior, pero una tormenta lo arrastró cerca de Lysufjord y murió de peste.

* * *

Leif Eriksson no sabía leer ni escribir. Nadie sabía en Groenlandia excepto Geirmund Gunnfard, el sacerdote enviado desde Thingeyvar, Islandia, para convertir a Cristo a los groenlandeses, y el esclavo Ulfar, que había sido escriba en Iona antes de ser secuestrado por el vikingo Harek Tragaanguilas y más tarde vendido a Leif Eriksson.

Leif poseía varios pergaminos y de vez en cuando dictaba palabras que quería que Ulfar escribiese con su pluma de ganso. Leif podía hablar de varias generaciones de sus antepasados y quería que quedara escrito que su familia era la que era y lo que había conseguido. Leif tenía en alta estima la palabra escrita y parecía pensar que su familia aumentaba de categoría si sus hechos quedaban registrados por escrito.